

## DISCURSO EN LA CELEBRACION MEDELLIN-PUEBLA

*Mons. Darío Castrillón Hoyos  
Obispo de Pereira  
Presidente del CELAM*

La conmemoración de las Conferencias Generales de Medellín y Puebla trae a la mente las ideas de los caminos de Dios y los caminos de la Iglesia.

En la luz de Dios que ilumina nuestro camino, quiero presentar a Medellín con las palabras del Cardenal Avelar Brandao Videla y el Cardenal Eduardo Pironio, entonces Presidente y Secretario del CELAM: "Sobre el Continente Latinoamericano Dios ha proyectado una gran luz que resplandece en el rostro rejuvenecido de su Iglesia". El símil es exactamente la aplicación del encabezamiento de la *Lumen Gentium* a América Latina. La Iglesia latinoamericana, en Medellín ha reflejado la luz con que Cristo iluminó el rostro de su Iglesia en el Concilio Vaticano II.

Temas muy importantes fueron tratados pero la novedad fundamental de Medellín fue el descubrimiento de la pobreza bíblica como clave de purificación, de coherencia entre fe y vida y de sintonía pastoral con los cristianos de América Latina.

En su mensaje a los Pueblos dijeron los pastores latinoamericanos: "Hemos visto que nuestro compromiso más urgente es purificarnos en el espíritu del Evangelio todos los miembros e instituciones de la Iglesia Católica. Debe terminar la separación entre la fe y la vida, porque en Cristo Jesús lo único que cuenta es la fe que obra por medio del amor . . . Este compromiso nos exige vivir una verdadera pobreza bíblica que se exprese en manifestaciones auténticas, signos claros para nuestros pueblos. Sólo una pobreza así transparentará a Cristo, salvador de los hombres y descubrirá a Cristo, Señor de la historia". "Nuestras reflexiones, dijeron, han clarificado las dimensiones de otros compromisos que, aun-

que con diversa modalidad, serán asumidos por todo el Pueblo de Dios: inspirar, alentar y urgir un orden nuevo de justicia, que incorpore a todos los hombres en la gestión de las propias comunidades”.

La penetración reflexiva en la promesa bíblica condujo a una más clara visión de la realidad, apareció en todo su dramatismo la miseria y sus víctimas inocentes: los pobres.

Medellín fue claro en su expresión: “La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino de la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables” (Med. Justicia II,3). “En la Historia de la Salvación la obra divina es una acción de liberación integral y de promoción del hombre en toda su dimensión, que tiene como móvil el amor” (Med. I, II. 4).

Al ver en el progreso un camino para la más equitativa e integral dignificación del hombre, afirmaron los obispos: “No confundimos progreso temporal y reino de Cristo; sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios” (Med. I, II. 5 G. et S. N. 39).

Un tema trascendental de Medellín es el que desarrolla el esquema lógico de las reacciones contra la miseria o en razón de la miseria por parte de los pobres, de las fuerzas políticas y de las ideologías y sus repercusiones en el fenómeno de la violencia. Así entra en consideración, desde este ángulo, el tema de la paz. Esta es considerada por Medellín, ante todo, como obra de la justicia, como un quehacer permanente y como un fruto del amor, expresión de una real fraternidad entre los hombres.

Pronunciaron los obispos una célebre frase, verdadera y profunda aún si ha permitido algunas interpretaciones equivocadas. “América Latina se encuentra en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política”, poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promo-

ción cultural y de participación en la vida social y política” (Popul. Progr. N. 30), violándose así los derechos fundamentales. Tal situación exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras. —Y concluyen— No debe, pues, extrañarnos que nazca en América Latina “la tentación de la violencia”.

Estas reflexiones llevan forzosamente mis ojos al doloroso panorama de cruel, confusa y devastadora violencia que golpea a Colombia. Me permito referirme a un hecho local porque Colombia es también América Latina y porque esta situación se repite en otras naciones del continente. La dificultad y confusión objetiva de la realidad y las dificultades de todo orden que encuentran las transformaciones urgentes, inaplazables en favor del inmenso grupo de víctimas de la miseria, la real falta de perspectivas distintas para los inconformes políticos violentos o no, señalan la prioridad absoluta de un diálogo general. Reprimir el delito es obligación constitucional del Estado, pero reprimir sistemáticamente la inconformidad de los desesperados es ahondar el problema, navegar contra la historia, cerrar el camino a la paz. Es ésta la mayor causa de violación de derechos humanos en el continente debido a una aplicación inhumana de las teorías de seguridad nacional.

No alcanzamos a entender, tampoco, cómo en un problema que tiene que ver con el fundamento de la fe cristiana, con el amor, con la virtud de la justicia, con el pecado de la opresión, del egoísmo, del irrespeto a la vida, de la violencia cruel e injusta; en un país de inmensas mayorías católicas, se pretenda ignorar a la Iglesia en un proceso de paz que no será ni posible ni sólida si no se comprometen las instituciones fundamentales del país. Creer que el problema de la subversión, la violencia y la paz es un solo problema político o legal es un error monumental y actuar sobre esas premisas lleva ineludiblemente a la catástrofe.

La inmensa mayoría de los pobres y desesperados de este país son católicos, la mayoría de los ricos son católicos, la mayoría de los obreros y campesinos son católicos, la mayoría de los industriales y comerciantes son católicos, la mayoría de los políticos e intelectuales son católicos, la mayoría de los magistrados y los jueces son católicos, la mayoría de los senadores y representantes, diputados y concejales son católicos, la mayoría de los alcaldes, gobernadores y ministros de despacho son católicos, la mayoría de los oficiales, suboficiales, policías y soldados son católicos, la mayoría de los guerrilleros son católicos. Todos, incluidos los obispos, somos más o menos practicantes. Así dijeron desde el principio Pedro con sus lágrimas y Pablo con estas palabras

(Rom. 7, 19): "No hago el bien que quiero, pero practico (prásson) el mal que no quiero". En la Colombia de hoy se configura el Gran Hecho Católico de que hablara León Duguit. Por estas razones, en esta democracia ante el inmenso denominador común católico, no se entiende, no se puede entender la política presidencial que excluye a la Iglesia y se inspira y obedece a minúsculos grupos de un arrogante radicalismo.

Estamos igualmente conmemorando los 10 años de la III Conferencia General que tuvo lugar en Puebla.

Con Medellín la Iglesia de América Latina entró con vigor en el amplio foro de la Iglesia Universal. Por primera vez en la historia su teología y su pastoral fueron objeto, de interés, de estudio y de debates. Nació la Teología de la Liberación y lo dicho y escrito en América Latina tuvo eco en todos los continentes. Podemos hablar de una epifanía de la Iglesia latinoamericana en la "Katholiké".

El análisis de la miseria y la injusticia topó con el difícil escollo de las mediaciones científicas. Las condiciones dramáticas de pobreza infrahumana, de opresiones políticas, de discriminaciones sociales, agregaron a los problemas de método en el análisis, el problema de los ritmos y métodos de acción. Medellín fue sometido a interpretaciones diversas, aún equivocadas. En el afán de hallar soluciones no se excluyó de facto la lucha programada de clases, la subversión y la violencia. Muchos buscaron en relecturas bíblicas, discutibles argumentos teológicos y en reduccionismos del Magisterio y de los Padres el apoyo indiscriminado a toda denuncia, a toda acción subversiva y aún a la lucha armada sistemática.

El período entre Medellín y Puebla ha sido luminoso, fecundo, pero también difícil, confuso, lleno de tensiones internas y de agrias controversias.

En este período la Iglesia se despojó de equívocos ornatos, se acercó más a la realidad de los fieles, a sus angustias, dolores y pobreza.

En el discurso inaugural de la Conferencia de Puebla, dijo el Papa Juan Pablo II: esta Conferencia "se conecta con aquella ya lejana de Río de Janeiro que tuvo como su fruto más notable el nacimiento del CELAM. Pero se conecta aún más estrechamente con la II Conferencia de Medellín, cuyo décimo aniversario conmemora". Para la historia de la Iglesia en América Latina no se podría concebir a Puebla sin Medellín. Es un paso más en un proceso dinámico bajo la guía del Espíritu Santo.

Compañera de sus pueblos, la Iglesia siente los dolores y los vacíos de sus comunidades. De los vacíos sentidos en Medellín, de los anhelos con anhelos aún no satisfechos y de los nuevos retos emergen muy fuertes las ideas de comunión y participación.

La comunión apunta a la unidad trascendente como causa y fuente de la comunión fraterna y en la paternidad divina y en la responsabilidad que Dios ha entregado a los hombres se asienta la idea fuerza de la participación que marca el actual sentir católico latinoamericano.

Con la visión de Maestros de la verdad, signos y constructores de la unidad y Defensores y Promotores de la dignidad, llevaron los obispos a feliz término sus trabajos en Puebla.

Fueron fieles a la recomendación del Papa de "tomar como punto de partida las conclusiones de Medellín, con todo lo que tienen de positivo, pero sin ignorar las incorrectas interpretaciones a veces hechas y que exigen sereno discernimiento, oportuna crítica y clara toma de posición".

Puebla, sin perder el acento de una pastoral aguerrida frente al pecado de la injusticia, generador de opresiones, miseria y violencia, pone su mirada en la globalidad de la Evangelización en el presente y futuro del Continente.

Los obispos en su mensaje plantean un serio interrogante. "Nuestra primera pregunta, en este coloquio pastoral, ante la conciencia colectiva, es la siguiente: ¿Vivimos, en realidad el Evangelio de Cristo en nuestro continente?" Lo que nos interesa como Pastores es la proclamación integral de la verdad sobre Jesucristo, sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, sobre la dignidad y el destino del hombre" (Mensaje 3). La novedad de Puebla es la integralidad de la evangelización en la comunión y participación y el impulso hacia una civilización nueva: la civilización del amor.

Puebla se mueve sobre este eje integrador que le da solidez y coherencia. Tiene sin duda un vigor lógico, una profundidad teológica y un enfoque pastoral que supera a Medellín cuyos temas claves asume con el discernimiento de los 10 años de experiencia y de las luces del Magisterio.

## Conclusión

Hoy, a 10 años de Puebla la Iglesia de América Latina presenta una personalidad y un rostro nuevos.

Fiel a Cristo y a su Vicario en la tierra, cercana a los fieles cuyas angustias y esperanzas comparte, consciente de sus limitaciones y propósitos aún no alcanzados, con la fuerza de un poderoso querer apostólico, iluminada por María, estrella de su proceso de fe, avanza en su tarea de Evangelización del Continente.

Pero América Latina también tiene un rostro nuevo. En proceso arduo, doloroso a veces, se afianza la democracia. Ceden o se desgastan las dictaduras. Las organizaciones populares equilibran cada día más los grupos de poder, que aún persisten y sirven con privilegio sus intereses sectoriales. Pero el más importante fenómeno es la conciencia cultural nueva que revalora los ancestros sociales indígenas, europeos y africanos e incorpora los elementos de la cultura universal.

El reto de la Iglesia, después de Puebla, es dar una respuesta adecuada al fenómeno cultural; y el empeño del CELAM es servir a la Evangelización de la Cultura para hacer que la fe sea una realidad substancial en nuestros pueblos.

Este es el camino hacia el 50. Centenario de la Evangelización, hacia la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, hacia la puerta maravillosa del tercer milenio.

Este es el desafío, pongamos en las manos de Dios nuestra respuesta para que nuestra voluntad pastoral esté a la altura de esta hora de la historia.

Bogotá, febrero de 1989